



LA  
TEJEDORA  
DEL  
VIENTO

JULIE JOHNSON

LA  
TEJEDORA  
DEL  
VIENTO

JULIE JOHNSON

Traducido del inglés por Jesús Jiménez Cañada

FAERIS

Título original: *The Wind Weaver*

Primera edición: 2025

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

Copyright © 2025 by Julie Johnson

Publicado mediante acuerdo con Bookcase Literary Agency

© de la traducción: Jesús Jiménez Cañada, 2025

© de esta edición: Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2025

Valentín Beato, 21

28037 Madrid



ISBN: 978-84-19988-57-7

Depósito legal: M. 4998-2025

Impreso en España - Printed in Spain

Descubre aquí el reino de Faeris:



*Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos en su interior son producto de la imaginación de la autora o bien están empleados de forma ficticia. Cualquier semejanza con personas reales —ya sean vivas o muertas—, negocios, acontecimientos o ubicaciones es pura coincidencia.*



*Para Stevie Nicks por escribir la canción «Rhiannon»,  
sin cuya inspiración Rhya Fleetwood, el personaje principal  
de este libro, no existiría.*

# LEYENDA

## GEOGRAFÍA

- |                     |                        |
|---------------------|------------------------|
| ❶ Odrensenada       | ❷ Abismo Rojo          |
| ❸ Bosque Abandonado | ❸ Arboleda Lucestela   |
| ❹ Puente Deshelado  | ❹ Estepasombra         |
| ❺ Estrecho Aviano   | ❺ Llanuras de Hollin   |
| ❻ El Valle          | ❻ Desierto de la Vaina |
| ❼ Ciénaga Fangosapo | ❼ Planicies Aullantes  |

## CIUDADES

- |                     |                   |
|---------------------|-------------------|
| ❶ Puerto Barlovento | ❶ Fuerte Acrino   |
| ❷ Puerto Sotavento  | ❷ Hylios          |
| ❸ Caeldera          | ❸ Pozoacebo       |
| ❹ Vintare           | ❹ Bellmere        |
| ❺ Coldeross         | ❺ Fuerte Symetria |

# ANWYVN





# Prólogo

## LA PURGA Canción anwynniana de la Purga

Rumbo al norte marcharon  
los ejércitos de hierro  
que la era de los hombres iniciaron.

El reino feérico quedó arrasado,  
su elixir vital fue derramado.

¡Escuchad, escuchad!

El fin del mal traicionero  
que corroe la tierra  
de reyes arteros.

El viento vil fue desterrado,  
entre árboles y bosques  
susurrado.

¡Escuchad, escuchad!

Por espada y puño gobernado  
el poder de los mortales  
no fue disputado.

Y así la caza ha comenzado  
de medianos y mestizos  
brutalmente ejecutados.



# CAPÍTULO UNO



La soga se aprieta, un collar de muerte. Siento el pulso, constante, rítmico, que late bajo la frágil piel de mi garganta. No hay miedo. Ya no. Eso fue antes, con las manos magulladas y unos sabuesos que me persiguieron entre rugidos por los marjales salvajes. Pero el miedo huyó de mí al alba, se deslizó por el horizonte hasta hundirse en una aplastante oscuridad.

¿Qué era lo que siempre decía Eli?

«Lo único que significa el miedo es que aún nos queda algo que perder.»

A mí ya no me queda nada que perder. Nada aparte de la vida, cosa que no resulta de mucho valor para nadie. Desde luego, para mis captores no vale nada.

—Valiente zorrита astuta, ¿eh? —Una voz rasposa suelta un ladrido que pretende pasar por una risa, en algún lugar a mi izquierda—. Ha hecho falta media unidad para localizarla. Una docena de hombres. Tres días hemos pasado en esa condenada ciénaga repleta de avispas, serpientes y arañas. Hundidos hasta las rodillas en lodo, moho y todo tipo de mierdas pantanosas. Casi se nos escapó cuando nos quedamos anoche a oscuras. —Un escupitajo grumoso aterriza en mi mejilla—. Escoria feérica.

Otra voz responde; es más joven y tiembla levemente. Un nuevo recluta, quizá. Aún no ha quedado erosionado por este juego de guerra infinito y sangriento que los hombres mortales parecen resueltos a jugar.

—Pero es... es muy joven.

—Que no te engañe la vista, chico. No son más que trucos feéricos. Enmascaran su naturaleza auténtica con caras bonitas y sonrisas dulces, igual que una flor venenosa. En los días de antaño se decía que algunos lanzaban un glamur tan poderoso que podían hacerte ver lo que les viniese en gana. Podían obligarte a caminar directo a un acantilado mientras pensabas que atravesabas un campo de margaritas.

El soldado joven inspira entre dientes. Incluso con la venda que me tapa los ojos percibo su terror.

—No te preocupes, hijo. Hace dos siglos que no se ve por estos pagos ese tipo de magia. —La voz brusca suelta una risita entre dientes—. Los feéricos a los que cazamos, como esta pequeñaja, son sobre todo medianos. Son lo que quedó de la época anterior a la Purga, en la que aún no se había prohibido el mestizaje entre razas. Ahora son tan capaces de hacer encantamientos como tú y yo.

Hay una pausa pronunciada, una fisura de silencio que se ensancha entre ambos hombres hasta formar una oquedad.

—Pero claro, eso no significa que sean inofensivos —prosi-gue el soldado de mayor edad, casi a la defensiva—. Si tiene oportunidad, esta de aquí es capaz de destriparnos mientras dormimos. No te quepa duda.

—¿Cómo la habéis atrapado?

—La redujimos cerca del Abismo Rojo. El mineral del que están compuestas esas rocas puede confundirlos. Les nubla el sentido de la dirección, les empantana la mente. —Suelta un resoplido—. No hay enemigo invencible..., ni siquiera una maldita picuda.

Me tenso al oírlo farfullar el insulto; las cuerdas me aprietan contra el pecho a pesar de mis intentos por mantenerme quieta.

Picuda. Los soldados que me han apresado suelen usar ese término: me lo sueltan entre siseos en voz baja cuando cambian los turnos de guardia, lo dejan caer en conversaciones despreocupadas en torno a la hoguera del campamento. Como si reducir a toda una raza a nuestro rasgo físico más destacable, las orejas picudas, de algún modo les ayudase a llevar mejor su propia barbarie. Cada vez que lo oigo, algo dentro de mí ruge con una rabia silenciosa; una bestia rota que ansía una revancha que jamás será mía.

«Dioses de las alturas, concededme la venganza en mi próxima vida.»

—La verdad es que matarlos no cuesta tanto. Solo hay que encontrar el arma adecuada —se pavonea el soldado de mayor edad, rebotante de docta sabiduría—. Lo mejor es el hierro, claro. Pero, como que hay dioses, si les clavas cualquier arma afilada también acabas con ellos. Los picudos sangran igual que cualquier otra bestia del bosque. ¿No te ha llevado nunca tu padre de caza, chico? ¿Nunca has destripado a una cierva?

—No, la verdad es que... esto... —El joven soldado cambia el peso de un pie a otro. Sus botas aplastan las hojas muertas—. Somos labriegos, señor.

—¿Labriegos?

—Sí, señor. Labramos un terrenito cerca de la costa. Cultivamos sobre todo uvanieve.

El otro soldado resopla.

—Bueno, desde luego, este destacamento te va a dejar heladas como la nieve esas uvitas que tienes en los calzones, chico. Hace un frío de cojones tan cerca de las Cimerias.

Cegada como estoy por la venda, me imagino la escena: un campamento de soldados agotados tras semanas de camino; un fuego crepitante para espantar el frío... y a los lobos; una sencilla cena que se cocina al calor de las brasas.

El viento trae hasta mí el olor de la carne. Me ruge el estómago como protesta. Seguramente es liebre, o quizá cabestro. Quizá incluso jabalí, si alguno de estos soldados tiene pericia suficiente con

el arco. Seguramente hay cazadores entre ellos. Hombres capaces de rastrear alguna presa, aparte de a mí y a los míos. Aunque, si fuésemos comestibles, no me cabe duda de que nos comerían.

Ha sido un invierno crudelísimo.

Me pregunto a qué reino pertenecen estos soldados, a cuál de los reyes en guerra le han jurado lealtad. Quizá al mismo que envió a sus ejércitos a Guardamar y prendió fuego a la Arboleda Lucestela... y, con ella, al único hogar que he conocido en mi vida.

Una mano tironea de los grilletes que me sujetan las muñecas despellejadas. Oigo el siseo en el mismo instante en que me recorre un rayo de puro dolor.

El olor a carne quemada me inunda las narices.

Es mi propia carne, abrasada.

Necesito todo el autocontrol que tengo para no gritar..., pero no pienso darles esa satisfacción a estos soldados. Inspiro hondo y aprieto con más fuerza la columna contra la corteza del árbol al que me han amarrado. Intento no perder la conciencia.

Dioses de las alturas, cómo duele.

—¿Ves cómo se le abre la carne? —pregunta el soldado de mayor edad—. ¡Cualquiera diría que le he dado con un leño en llamas!

—S... sí —tartamudea el joven—. Ya veo.

Los hierros abaten sobre mí un incesante oleaje de pura agonía que jamás retrocede; incluso ahora, que tengo las muñecas abrasadas casi hasta los tendones y los huesos. Cada movimiento de las cadenas me provoca un nuevo caudal de dolor.

—¿Cuándo...? —El joven recluta carraspea—. ¿Cuándo la van a...?

—¿A ahorcar? Dentro de poco. El comandante Scythe llegará a medianoche. El capitán dice que no podemos tocarla hasta que Scythe lo autorice.

—¿Por qué?

—Le gusta asegurarse por sí mismo de que mueren, supongo. Después de quemarlos patear un poco las cenizas para comprobar

que no se mueve nada. A mí me parece excesivo, pero son órdenes del rey Eld, así que hay que obedecer. Los ahorcamos y luego los quemamos. —Se oye el sonido de una botella al descorcharse. Una garganta deglute el contenido. Una respiración que se estabiliza—. La gente tiende a volverse algo supersticiosa cuando se trata de ejecutar feéricos. Ya lo verás, chico.

—Ya... —El joven no suena convencido—. Cuando me alisté, no sabía que tendríamos que cazar medianos. Pensaba que ya no quedaba ninguno.

—Apenas quedan. Sobre todo por aquí, en mitad de las Tierras Centrales. Los sureños tienen otras... prácticas. Dales gracias a los cielos por no haber sido enviado a los Confines. Lo que pasa por allí resulta difícil de digerir, según he oído. Y eso que no he oído ni la mitad.

Se me encoge el corazón. Yo también he oído lo que les hacen a los medianos en las Tierras Meridionales. Al menos en parte.

Eli compartió conmigo el más breve de los atisbos de esa oscuridad cierta noche mientras nos bebíamos un trago de whisky peleón.

«Puede que no te maten al momento, Rhya, pero las cosas que te hacen te harán desear que lo hubieran hecho...»

Me obligo a apartar la cabeza de esa senda oscura, pues no acaba bien.

—Hijo, tú mantén la cabeza gacha, las manos firmes y la boca cerrada. Y te irá bien. Es un trabajo como cualquier otro. No les hagas caso a las habladurías de esta chusma. —El hombre mayor baja la voz—. Aunque te juro que a alguno que otro de estos se le pone dura cuando ve a los feéricos retorciéndose en la soga. Es otro tipo de sed de sangre, no sé si me entiendes.

—¡Qué asco!

—Pues sí, es un asco, pero no por ello menos cierto. —Da otro trago generoso de la botella—. Hace mucho tiempo, cuando yo no era más que un niño de tu edad, los picudos eran algo más numerosos por estos pagos. Mi unidad se tropezó un día con una

familia entera. Estaban escondidos en las cuevas detrás de una cascada. Tenían la piel verdosa y el pelo como hierba del río...

¿Piel verdosa?

¿Pelo como hierba del río?

Pero ¿de dónde sacan estas historias ridículas? ¿De las nanas que les cantan a los niños para dormirlos? Aparte de las orejas, los medianos somos indistinguibles de los humanos. Pero, claro..., supongo que es más justificable matar a un monstruo mitológico que a otro ser vivo. Matar algo es preferible a matar a alguien.

La voz del soldado es apenas un susurro:

—Perdimos a muchos en el Estrecho Aviano. La batalla más sangrienta del último siglo. Los hombres de Soren venían en oleadas; no se acababan. Nos obligaban a retroceder más y más. La moral estaba por los suelos. Y nuestro ejército... necesitaba una victoria. Por eso, cuando esos feéricos se cruzaron en nuestro camino...

Un escalofrío aciago me recorre a pesar de la agonía que me abrasa las muñecas. Cierro los ojos tras la venda. Ojalá pudiera cerrar también las orejas. No quiero oír el relato de cómo masacraron a una familia inocente. No voy a soportar oír hablar de una madre, un padre y unos hijos destrozados a manos de unos soldados cuyas mentes estaban mermadas por la batalla. Y menos ante mi muerte inminente, una muerte que ya se ve anunciada por esta presión que siento en la tráquea.

Se oye una bota al restregarse contra la tierra. El hombre tose.

—No yerro al decirte que las cosas que vi ese día... Bueno, al final es el tipo de escena que no se olvida. A pesar de que hayan pasado diez años.

Hay otro latido de silencio. El joven no dice nada. Quizá esté conmocionado ante el panorama horripilante que ha evocado su compañero. No soy tan necia como para pensar que su reticencia proviene de cualquier tipo de compasión hacia mí. Lo más probable es que esté haciendo lo que le han dicho: cerrar la boca.

Será un buen soldado.

El ruido de una mano que da un palmetazo a un hombro rompe el silencio.

—Estás más pálido que un fantasma, hijo. Ve a buscarte un poco de carne de venado antes de que se acabe. Y tráeme un poco a mí también, ¿quieres? Yo vigilo a la prisionera.

Pasos que se alejan, y luego el susurro de un cuerpo que se apoya contra un árbol. En la lejanía, rumor de conversaciones; otros soldados alrededor de la hoguera que dan cuenta de su cena, famélicos. Tras un instante, capto el chasquido de un cuchillo contra un bloque de madera. Me permito preguntarme qué estará tallando el guardia que queda. ¿El símbolo del dios al que adora, sea el que sea? ¿Un recuerdo para la esposa que haya dejado atrás, en la tierra que sea su hogar? ¿Un juguete con el que pueda jugar alguna hija suya cuando por fin regrese tras la conquista?

Diez años, ha dicho. Diez años de batallas. Diez años de vida soldadesca. Diez años de sangrar y luchar y matar. Debe de haber una vida más allá de todo esto. Este hombre debe de tener una familia que le espera en alguna parte. ¿Les hablará de la chica feérica a la que ejecutó para mantenerlos a salvo? ¿Los deleitará con los detalles de la cara moteada de la feérica, de su lengua hinchada mientras se balanceaba colgando de las ramas, una máscara grotesca que iluminaba la luz de las antorchas?

«El gallardo héroe que mató a la bestia. ¡Hurra!»

En vista del modo en que ha hablado con su compañero, no lo creo. Creo que esta tarea no le supone ningún disfrute..., aunque la llevará a cabo igualmente. Cumplirá las órdenes de su capitán sin rechistar.

Las ramas crujen sobre mi cabeza. Un tañido de muerte.

Me alegro de que pretendan matarme de noche, bajo las estrellas. De alguna manera, sería peor morir bajo el brillo del sol, con una suave brisa que agitate la hierba a mis pies. Las sombras conjuran una escena final más adecuada al momento en que se me rompa el cuello.

El último aliento de Rhya Fleetwood, pupila del famoso Eli Fleetwood.

Huérfana.

Feérica.

Mediana.

Fugitiva.

Picuda.

En cierto modo, va a ser un alivio descansar después de tantos meses de huida. Desde que ejecutaron a Eli, desde que redujeron a cenizas la Arboleda Lucestela junto con nuestra cabaña, no me queda refugio alguno en esta tierra. No hay brazos fuertes y protectores que se tiendan hacia mí cuando mi pelo se engancha en los zarzales o se me tuerce el tobillo contra una roca en la ribera de un río. No hay cama en la que tumbarme al final de un frío día de otoño.

No tengo ni idea de dónde estoy. Antes de que me dieran caza, llevaba semanas perdida. Deambulaba en busca de un consuelo que ya no existe, sobrevivía a base de setas gomosas que desenterraba de la tierra compacta y truchas frías que pescaba en arroyos helados. Hace cinco días me topé con una aldea, y el olor de una hogaza de pan recién hecho que descansaba sobre un alféizar resultó ser demasiado tentador como para ignorarlo.

Maldita sea mi estupidez. Sé lo que diría Eli si estuviera aquí: «El corazón te ablanda. El estómago te debilita. Ignora esos impulsos fugaces. Céntrate en la mente».

Sin embargo, en un momento de debilidad, me aparté de sus enseñanzas. El hambre me volvió descuidada, embotó mis afilados sentidos más allá de todo raciocinio. Soy veloz por naturaleza, pero ese día no lo fui lo suficiente. Salí disparada desde la linde del bosque hacia la casa medio derruida que había cerca de la espesura, pero no oí el repiqueteo del tacón de una bota en el suelo de piedra del interior, ni el sonido de una flecha al ser colocada en el arco, hasta que el proyectil pasó silbando como un susurro sobre mi cabeza. Para entonces ya era tarde.

Demasiado tarde.

A partir de ese momento, la vida se convirtió en una huida hacia delante. Corrí hasta que me faltó el aire en los pulmones, hasta que no quedó fuerza en mis huesos, hasta que mis pies descalzos dejaron un rastro de huellas ensangrentadas sobre las rocas y las riberas de los ríos. Me siguieron el rastro; primero los propios aldeanos, y luego los soldados a los que llamaron. Atravesé un bosque, un prado y, por último, un marjal cenagoso. Casi los perdí entre los siseos y borboteos de ese lodazal, en el que el aire es tan denso como el sirope y los enjambres de insectos oscurecen el sol del mediodía.

Casi.

No tenía ni idea de que me estaban dirigiendo hacia un profundo barranco: el Abismo Rojo, así lo llaman los soldados debido al color herrumbroso de sus profundidades, pues la piedra es rica en hierro, que se acumula allí en depósitos tan densos que pueden dejarme seca hasta en un buen día..., y aquel no era un buen día.

Sentí que el mineral me drenaba las fuerzas a cada paso que daba. Los hombres se acercaban. Me flaqueaban las piernas, que amenazaban con ceder del todo. Y aunque no hubiera sido así, no hubo lugar al que huir una vez que llegué al borde del acantilado, a menos que me hubiera dado por arrojarme por el borde y caer en picado hasta una muerte segura.

En retrospectiva, ahora que estoy atada a un árbol, que siento el abrasador contacto de los grilletes de hierro en las muñecas, que tengo una gruesa soga atada al cuello y que en mi futuro inmediato aguarda una hoguera..., quizá habría sido mejor la caída. Al menos habría muerto en mis propios términos. Por elección propia.

Mi última elección.

Dioses, qué cansada estoy. La soga es tan pesada que ya no puedo ni mantener la cabeza erguida. Me hundo, exánime, contra las ataduras. Me alegro de que Eli ya no esté aquí para verme. Me

educó para luchar. Para ser fiera. De voluntad firme, mente fuerte y corazón sereno.

Le he fallado.

Me he fallado a mí misma.

La mera idea me da ganas de llorar, pero no me quedan fuerzas para derramar lágrimas. No recuerdo la última vez que comí o bebí algo. Tengo la lengua seca como la arena, y el recuerdo de comida caliente me es tan foráneo como la tierra en la que me han capturado.

Intento centrarme en medio del dolor y el cansancio que me paralizan el cuerpo. ¿Qué es lo que dijo el soldado?

El rey Eld.

El Estrecho Aviano.

La batalla más sangrienta del último siglo.

En mi mente nublada por el dolor hay un mapa repleto de reinos. Tierras feudales en constante cambio, con monarcas de papel que se suceden sin parar. Monarcas de papel, así los llama siempre Eli..., así los llamaba. Su dominio no proviene del derecho divino, sino de la autoproclamación con tinta y pluma. Lo único que los mantenía con su título era el trozo de pergamino en el que escribían su nombre. Resultaba fácil tachar el nombre de un soberano y sustituirlo por otro.

«Apenas merece la pena recordar sus nombres», gruñó Eli en cierta ocasión, con las manos arrugadas dispuestas sobre un montón de mapas desplegados. «Estas fronteras ensangrentadas cambian con cada gran...»

Debí de estudiar esos mapas un centenar de veces, pero, en este momento, mis recuerdos son finos como una gasa; me resulta imposible centrarme. Reinos fracturados como fragmentos de un escudo hecho pedazos caen en mi mente antes de que pueda recomponer correctamente una imagen con ellos.

Vatanza.

Boscoriente.

Valord.

Nythia.

Dymeria.

Los Confines.

Los nombres son un garabato ilegible, letras cuya tinta se emborrona. En última instancia, no significan nada. Mi espíritu regresará a los cielos, independientemente de que mi cuerpo arda. No es un gran consuelo, pero, de todos modos, me aferro a ello.

Estoy lejos de casa, eso lo sé. Dondequiera que me hayan traído no es más que una tierra yerma. No es solo fría..., es que está desprovista de vida. No siento pulso alguno de poder en el suelo bajo mis pies, no oigo antiguos susurros entre esta espesura de árboles medio muertos. Y aunque sí oyese algo, estoy tan débil después de días de huida frenética, de sabuesos que casi me mordían los talones, de flechas que pasaban silbando sobre mi cabeza, de antorchas que me arrinconaban como si fuese un animal salvaje..., que no estoy segura de que fuese a servirme de nada.

La luz del sol no puede recomponer una flor al borde de la muerte.

Sea como sea, da igual, me digo a mí misma, y me aprieto aún más contra el árbol del cual me van a ahorcar. Los cortes de la hoja del guardia contra el bloque de madera son un metrónomo constante que marca los segundos hasta mi ejecución. Ya nada importa, Rhya. Cuando llegue el alba, serás un montón de ceniza.

Cuando Rhya reaviva las ascuas de una antigua profecía, desata una tormenta que bien podría salvar a su reino o condenarlo todo.

El miedo a la magia impregna el reino de Anwyvn, en el que la guerra ha hecho estragos. A los medianos como Rhya Fleetwood se los ejecuta al instante. Pero la ejecución de Rhya se ve interrumpida gracias a un salvador inesperado, aunque aterrador: el comandante Scythe, un misterioso mercenario.

Pues Rhya no es ninguna mediana común y corriente. La extraña marca de nacimiento que tiene en el pecho y su capacidad para invocar al viento la señalan como un Vestigio, una de las cuatro almas repartidas por todo Anwyvn y destinadas a restablecer el equilibrio en la magia... o a morir en el intento.

Sin embargo, dominar el poder que alberga en su interior es solo el principio. El deseo que Rhya siente por el comandante, un hombre en quien no puede confiar y que tiene sus propios planes, arde con la misma intensidad que las tempestades que luchan por liberarse desde el interior de su pecho.

Rhya habrá de tomar una decisión: sofocar las llamas... o bien dejar que la consuman.

FAERIS

ISBN: 978-84-19988-57-7



9 7884 19 988577

Cód.: 5310026